

LA NATIVIDAD Y LA EUCARISTÍA

Desnudo, pobre, aterido de frío y llorando, nace el Hijo de Dios vivo, hecho hombre, en el pesebre de Belén: despojado de toda apariencia, sin ningún brillo exterior, destituido de todo apoyo humano, y sintiendo como una segunda crucifixión por nuestras ingratitudes y pecados, se presenta a la vista del católico el mismo Señor en la Sagrada Forma, que le personifica en el tabernáculo.

Es la misma humildad, la misma voluntaria pobreza, la misma falta de aparato externo, el propio interés por la gloria de Dios y por nuestra salvación: en una palabra, la misma excelsa caridad.

“Apareció en la tierra la gracia de Dios nuestro Salvador a todos los hombres, enseñándonos que renegando de la impiedad y de los humanos deseos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y venida gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.” Esto dice San Pablo en la Epístola segunda a Timoteo; y esto renueva la santa Iglesia en los presentes días, como recuerdo adecuado a LA SOLEMNIDAD DEL NACIMIENTO DE JESÚS que en ellos se celebra.

Las mismas ideas pueden aplicarse con razón y fundamento a la vida sacramental del Señor. Allí apareció y allí reside la gracia del Salvador, enseñándonos, con las virtudes que practica y vincula, por decirlo así, en su persona divina y humana, que vivamos con sobriedad, con justicia y piadosamente, esperando la humanidad, la venida en gloria de su Salvador Jesucristo en el último día del mundo.

Deriva de aquí la bienaventurada esperanza de salvarse el hombre que haya seguido las benditas huellas del Salvador, practicando sus virtudes, comulgando e identificándose dignamente con Él.

Pero volviendo al punto de partida, salta a la vista por todos lados la mística analogía que existe entre el nacimiento y la consagración, entre la cuna humilde del pesebre y el humilde tabernáculo del Dios humanado.

En ambas ocasiones el Señor se exhibió de la más abreviada manera, reduciéndose, para significarlo de algún modo, a la mínima expresión. En lo humano ¡qué cosa hay menor que el niño recién nacido! En la creación material ¡qué menos se puede ser que una sustancia si accidentes!

Son el uno y el otro tan diminutos modos de ser, que si en el primer caso se trata de un principio de existencia rudimentaria y pequeña, en el segundo parece que se llega a desprender el Dios-Hombre de todas las apariencias, aún de un ser inanimado, velándose bajo los accidentes de pan y vino.

(L. S. Tomo, III, 1872, págs.8 -9)